

Ensayos sobre Daniel Sada

Heliogábalo lingüístico

Guillermo Vega Zaragoza

El prestigio literario de la obra de Daniel Sada (1953-2011) no apareció de manera súbita, sino que se fue construyendo pacientemente con el paso de los años, conforme aparecían libros como *Albedrío* (1989), *Una de dos* (1994) y, sobre todo, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe* (1999), además de *Luces artificiales* (2002), *Ritmo Delta* (2005), *Casi nunca* (2008), *Ese modo que colma* (2010) y *A la vista* (2011), con los cuales los lectores y la crítica se fueron enterando de la presencia de una voz sólida y singular en las letras mexicanas. Lamentablemente, debido a su fatal enfermedad, Sada ya no pudo gozar los frutos recientes de esa reputación ganada a pulso. Su última novela, *El lenguaje del juego*, apareció unos días después de su deceso, al igual que *La escritura poliédrica. Ensayos sobre Daniel Sada*, en el que nueve jóvenes escritores asedian la obra del mexicalense y le rinden tributo a través de un puñado de bien sustentados escritos críticos.

El volumen abre con el texto introductorio de Héctor Iván González (1980) —quien además es compilador del libro—, titulado “El heliogábalo lingüístico”, donde sin ambages sitúa la vida y la obra de Sada, a quien define como un satírico cuyo rasgo característico fue la búsqueda y la concreción de sus propia voz, su íntima sintaxis y la introducción de un “paisaje interior”, es decir, “la capacidad de plasmar en la literatura un toque personal donde no haya necesidad de adoptar temas o posturas ajenas derivadas de un vacío artístico, u originadas por la despersonalización”.

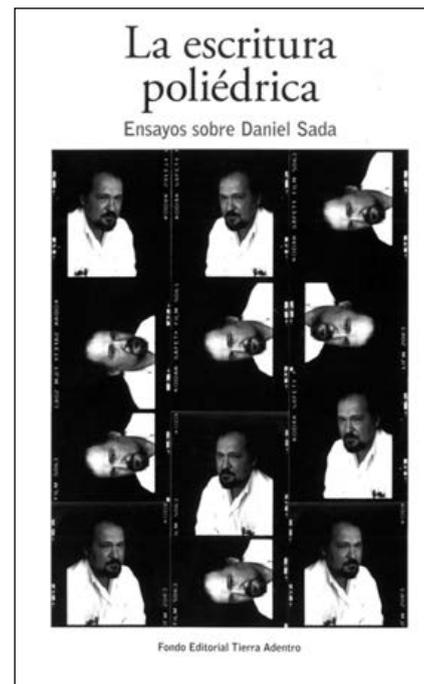
Para González, “Sada se caracterizó por la negativa a acomodarse en un tema determinado como consecuencia de la falta de imaginación, la imposición del mercado editorial o la ausencia de vivencias personales;

siempre se rehusó a ser un intelectual cuya experiencia solamente surgiese de la cultura libresca”, y afirma, contundente: “Sólo en pocas ocasiones en la literatura mexicana hay una correspondencia tan estrecha entre vida y obra”.

Los textos están divididos en dos secciones: “El paisaje interior” y “La amplitud del lenguaje”. En la primera, Ana Sabau (1984), Alfonso Nava (1981), Nicolás Cabral (1975) y Antonio Ramos Revillas (1977) abordan desde diversas perspectivas los rasgos de ese “toque personal” de la obra de Sada: el desierto como fondo y presencia, los personajes errantes y desencantados, el humor paródico, su implacable autocritica. Escribe Nava: “Sada es evidentemente un esteta, pero su música y la belleza de tales desplazamientos es meramente colateral. Su verdadero procedimiento es ético: una idea de conducta y de temperatura que se expresa como trasunto de las palabras”.

En la segunda porción, Antonio Nájera Irigoyen (1989), Alfredo Lèal (1985), Luis Jorge Boone (1977) y Luis Felipe Pérez Sánchez (1982) se adentran en la prosa de Sada, en busca de desentrañar los vericuetos de su terso e inconfundible barroquismo verbal, que lo puso en el mismo pedestal que otros autores pantagruélicos como José Lezama Lima o Fernando del Paso. “El estilo de Sada no es ni el decimonónico ni el de la amanerada cotidianidad, tan recientemente ensayada en el siglo xx. Es su *violencia*: nada más y nada menos”, señala Nájera Irigoyen.

Entre sus muchas aportaciones, Sada quiso devolverle a la prosa moderna el rigor y la musicalidad de la poesía clásica. Por eso resulta de especial recomendación la lectura del ensayo de Luis Jorge Boone —poeta y narrador él mismo, como Sada—, donde



analiza a conciencia esta apuesta del autor de *El amor es cobrizo* (2005), para lograr “este cambio en la disposición de la página, desbordar el verso a la caja de la prosa”, para “acoplar la narración a los requerimientos de la versificación: máxima expresividad en el corto aliento, desechar el adorno y ponderar la sustentación, periodos que se encadenan en un ritmo mayor para evitar el sonsonete y encabalgarse hasta formar frases”.

La obra de Daniel Sada aún espera mucha atención por parte de la crítica literaria, para desmenuzarla y destriparla, explorar sus posibilidades, aprender de sus audacias y atrevimientos, para tratar de arrancarle —sabemos que infructuosamente— sus secretos. Este libro es un buen comienzo, fresco y amoroso, escrito desde la admiración, la amistad y el agradecimiento. Pocos coetáneos suyos pueden presumir de haber logrado tal unanimidad en escritores de generaciones posteriores. En un medio como el mexicano, infestado por la soberbia, la envidia, el ninguneo y el parricidio, no es cosa menor. **U**

Varios autores (introducción y compilación: Héctor Iván González), *La escritura poliédrica. Ensayos sobre Daniel Sada*, Conaculta, México, 2012, 147 pp. Fondo Editorial Tierra Adentro.